



Dios

Este tiempo es propicio para hablar de Dios. Aunque es verdad que todo tiempo lo es. Solo que ahora se nos hace más evidente la fragilidad humana. Y no solo la de cada vida sino la del mundo entero y su marcha de progreso.

Veía ayer un video de varios presidentes de Hispanoamérica que invocaban la ayuda de Dios. ¡Qué lejanos de los discursos que escuchamos en gran parte de Europa! Nos hemos acostumbrado a que Dios no entra en la vida pública. Es un Dios privado, de la conciencia de cada cual. Cuando vemos que se paraliza, no una vida aislada, sino la marcha del mundo, podemos recordar lo que decía Joseph Ratzinger, en uno de sus últimos discursos como cardenal: por muchos años se nos ha pedido a los creyentes que viviéramos como si Dios no existiera, como si no tuviera nada que ver con la biología, con la economía, con la medicina. Pero hemos visto que ese método falla. Y Ratzinger pedía ahora a los no creyentes que aceptasen vivir “como si Dios existiera”, porque solo así encontraba fundamento la dignidad humana y se podía respetar la naturaleza como don y morada del hombre.

Es verdad que hablar de Dios en este tiempo de pandemia tiene un peligro. Pues podríamos reforzar la tendencia a pensar en Dios como si fuera el último recurso cuando todo falla. Dios sería la red de seguridad del trapecista. Pero esa visión no corresponde con lo que dice la palabra Dios. Dios no solo está ahí para recogernos si tenemos un trapiés. Más bien él es quien sostiene cada paso del trapecista, quien inspira la belleza de sus saltos y la osadía de sus equilibrios. No creemos en Dios porque la realidad no sea suficientemente sólida, y tenga agujeros. Creer en Dios es confiar en que la realidad tiene consistencia y que puede dar más de sí, que es fecunda. Santo Tomás decía que el hombre llega a parecerse a Dios en modo pleno cuando participa de su obrar, cuando participa en la capacidad creadora de Dios. Este tiempo de pandemia puede acercarnos a Dios, en cuanto nos recuerde la grandeza de la vida, ahora que la vida parece detenerse. En cuanto nos recuerde que la salud es un don que viene del Creador. En cuanto nos recuerde la belleza de las relaciones, que hoy parecen perdidas.

Así que creer en Dios en este tiempo de pandemia no es: “aunque todo pase, me da igual, porque Él nos recogerá”. Significa creer que todo lo que sucede en la historia es guiado por Él, de forma que tiene en Él su destino. Decía san Tomás: si el mundo no tiene en sí su origen, tampoco tiene en sí su fin. Desemboca más allá de sí. Desemboca en Dios. Creer en Dios es saber que, aunque parezca que las cosas se destruyen, está madurando en ellas una grandeza nueva. S. Pablo lo dice así: la creación entera gime con dolores de parto esperando la manifestación gloriosa de los hijos de Dios.

Nos puede ayudar la anécdota que cuentan de un sabio rabino, cuando era niño. Su maestro le dijo: te doy un chelín si me dices donde está Dios. Y el niño respondió: y yo te doy dos si me dices donde no está Dios. Es decir: dónde no habla Dios, dónde no actúa Dios.

Precisamente porque Dios en este tiempo parece esconderse, es también un buen momento para recordar que Dios es más grande que nuestras necesidades. Es decir, Dios no se reduce a cumplir una función en nuestra vida, quitarnos el miedo, darnos fortaleza o consuelo. Pues todo lo que cumple una función se puede sustituir por algo equivalente que cumpla esa misma función. Y Dios no es sustituible. Dios ayuda, sostiene, protege,



pero Él es más que esa ayuda y protección, porque toda ayuda y protección tiene sentido solo si le alcanzamos a Él mismo. Él es, y esto basta. Y la actitud que corresponde con esta certeza es la adoración.

Ante su misterio recordamos a san Agustín: “Sumo, óptimo, poderosísimo, omnipotentísimo... inmutable, que mudas todas las cosas; nunca nuevo y nunca viejo; [...]; siempre obrando y siempre en reposo; siempre recogiendo y nunca necesitado; [...] siempre buscando y nunca falto de nada. Amas y no sientes pasión; tienes celos y estás seguro; te arrepientes y no sientes dolor; [...] ¿quién es el que tiene algo que no sea tuyo, pagando tú deudas que no debes a nadie y perdonando deudas, sin perder nada con ello? ¿Y qué es cuanto hemos dicho, Dios mío, vida mía, dulzura mía santa, o qué es lo que puede decir alguien cuando habla de ti? Pero, ¡ay de los que te silencian, porque no son más que mudos charlatanes!”.